

LX.

LA SIBILA DEL ORIENTE
Y GRAN REINA DE SABÁ.

PERSONAS.

SALOMON, Rey de Jerusalem.	SEMEÍ.	IRIFILE	} negras.
IRAN, Rey de Tiro.	JOAB.	CASIMIRA	
CANDÁCES, Rey de Egipto.	MANDINGA, negro, gracioso.	IRENE	
LIBIO, Rey de Palmira, Indio.	Hebreos.	Una Vision.	
ELIUD, criado de Salomon.	SABÁ, Reina de Etiopia.	Músicos.	

JORNADA I.

Suena música, correse una cortina, y debajo de un dosel aparece SALOMON durmiendo, vestido á lo romano, y por lo alto, en una apariencia, sale una VISION, cantando, cubierto el rostro.

Sal. Dios grande, inmenso Señor,
¿ Vos á visitarme á mí?
¿ Vos á vuestro esclavo haceis
Tan grandes favores?

Vis. Si.

Sal. Qué me mandais?

Vis. Salomon,
(Que es lo mismo que decir
Pacífico y manso) hijo
Del real Profeta David,
Tú, cuyo imperio ahora
Quieto, apacible y feliz,
Quiero que me labres casa,
En que morar y vivir.
Yo te he de asistir á ella;
Pide y espera de mí
Mercedes; que yo concedo
Cuanto me quieras pedir.

Sal. Grande Dios de las batallas,
Pues hoy cargas sobre mí
Todo el peso de tu pueblo,
Porque mi humilde cerviz
No desmaye, dame ciencias
Con que me pueda regir.

Vis. Justa fue tu peticion;
Yo la concedo. Y así
Ninguno será mas sabio
Antes ni despues de tí.
Aprovéchate de serlo,
Si eterno quieres vivir;
Porque saber para errar,
No es saber, sino morir.

[Cúbrese la apariencia, y despierta Salomon.]

Sal. Espera, sagrada nube,
Corre ese velo sutil,
Veré cara á cara al sol.
Pero no es tiempo, ay de mí!
De que á su deidad se corra

El velo, ni descubrir
Tesoros, que el cielo guarda
Para siglo mas feliz.

[Suena música dentro.]

¿ Pero qué música es esta?
¿ Ya no se ausentó de aquí
La magestad que adoré?
¿ La maravilla que ví?
¿ Por quien quedé sabio y rico?

Sale ELIUD.

Eli. Si vuestra Alteza salir
Quiere á un corredor, podrá
En él mirar y advertir
Su poder, viendo dos Reyes
De quien es Rey.

Sal. Cómo así?

Eli. Candáces é Iran, señores
De Egipto y Tiro, de tí
Llamados, entran ahora
En Jerusalem, que al fin,
Aunque el Egipcio no es
Vasallo, súbdito sí,
Y te obedece, viniendo
Á tu presencia.

Sal. Decid,

Que solos entren los dos.

Eli. Ya los dos vienen aquí.

Tocan cajas, y sale por una parte CANDÁCES de Egipcio, y por la otra IRAN de Tiro.

Iran. Jóven invicto, en cuya augusta frente
Verde el laurel, sin marchitarse, viva,.....

Cand. Grande hijo de David, á cuyo oriente
Ceda el laurel imperios á la oliva,
Tú, cuyo nombre viva eternamente,
Tú, cuyo imperio eternamente viva,
Salve, y reines del orbe obedecido;
Salve, y triunfes del tiempo y del olvido.

Iran. ¿ Mientras Iran, invicto Rey de Tiro,
Habla, te atreves, bárbaro gitano,
Á interrumpir su voz? Mucho me admiro
De tu arrogancia y presuncion en vano.

Cand. Candáces, Rey de Egipto soy, y aspiro
Á lugar mas supremo y soberano,
Y tú aquí ni me igualas, ni prefieres,
Pues yo soy Rey, donde vasallo eres.

Con libre imperio y absoluto estilo
Me aclamo Rey desde las altas rocas,
Adonde tan callado nace el Nilo,
Que apenas saben del naciones pocas,
Hasta donde la hidra y cocodrilo
Le miran respirar por siete bocas,
Con escándalo tal sus horizontes,
Que ensordece los ecos de los montes.

Iran. Cuando vasallo deste imperio sea
Tiro, mayor aplauso me previenes,
Pues ya dices, que en mí la suerte emplea
Aquesa dignidad, que tú no tienes.
Quién no anhela á ser mas? ¿ quién no desea
Adelantar sus glorias y sus bienes?
Pues no es pequeño triunfo, honor pequeño,
Llevarse de ventaja tan gran dueño.

Deja por eso mi sagrada esfera
De ser Hibleo en galas y en primores,
Escuela donde va la primavera
Á aprender los matices y colores,
Que ha de sacar Abril; pues de manera
Se tejen los claveles y las flores,
Que, si Egipto al oido causa enojos,
Tiro da admiraciones á los ojos.

Y así, con mayor causa solicito
Preferirte, por dueño y por estado.
Cand. Antes verás, que á tu soberbia quito
Las alas, que tan altas han volado.

Sal. Basta; no mas!

Los dos. Señor.....

Sal. El Rey de Egipto

Hable.

Iran. ¿ Como á extranjero me has tratado!

Sal. El Tiro hará lo que le mande.

Iran. Ciego *[aparte.]*

De enojo, soy volcan de nieve y fuego.

Cand. Apenas supe, que mi dicha suma
Á tu servicio, gran señor, me llama,
Cuando rompiendo la rizada espuma
Del rubio mar, que da á tu pueblo fama,
En un delfin, que es pájaro sin pluma,
En un águila, que es pez sin escama,
Monte de velas, uracan de pino,
Selva de jarcias, vecindad de lino,
Aré los campos de cristal y nieve,
Donde bebe en carámbanos la aurora
La blanca espuma, que en aljófár llueve,
Y el argentado humor, que en perlas lora
El viento, á cuyo son las plantas mueve
Ese del mar caballo. Solo ahora
Torpe me pareció; mas bien hacia,
Anteviendo el honor á que venia.

Al fin llegué, si puede vida humana
Los rayos penetrar de tanta esfera,
Donde la magestad mas soberana
En tu semblante luce y reverbera;
Y por ser cuanto adquiere, cuanto gana
Quien por premio el servirte solo espera,
En alas del deseo y del cuidado,
Vengo obediente adonde me has llamado.

Sal. Hable el de Tiro.

Iran. Á tu obediencia atento
Apenas ví lo que tu carta encierra,
Cuando á un veloz caballo, cuyo aliento
Geroglífico ha sido de la guerra,
Sierpe del agua, exhalacion del viento,
Volcan de fuego, escollo de la tierra,
Caos animal, pues con tan nuevo modo,
No siendo nada desto, lo era todo:
Llegué en efecto, donde á mi deseo
El Egipcio, señor, ha preferido
En tu gracia y amor, no en el empleo,
Aunque á besar tus plantas ha venido.
No digo, que es esfera, ni lo creo,

Sal. Hable el de Tiro.

Iran. Á tu obediencia atento
Apenas ví lo que tu carta encierra,
Cuando á un veloz caballo, cuyo aliento
Geroglífico ha sido de la guerra,
Sierpe del agua, exhalacion del viento,
Volcan de fuego, escollo de la tierra,
Caos animal, pues con tan nuevo modo,
No siendo nada desto, lo era todo:
Llegué en efecto, donde á mi deseo
El Egipcio, señor, ha preferido
En tu gracia y amor, no en el empleo,
Aunque á besar tus plantas ha venido.
No digo, que es esfera, ni lo creo,

Del sol tu solio, que desvanecido
Á tanta luz, si al sol honrar quisiera,
Dosel de Salomon el suyo hiciera.

Sal. Reyes de Egipto y de Tiro,
Que á mis decretos venis
Obedientes y leales,
La causa que os trajo oid.
Hijo nací generoso
De Bersabé y de David,
Si heredero de sus glorias
No, de sus imperios sí.
Es mi nombre Salomon,
Que es lo mismo que decir
Pacífico. Bien el cielo
Cumplió su palabra en mí;
Pues desde que el Rey mi padre
Juntó al nacer y al morir
Oriente y ocaso, y yo
Sombra de su cuerpo fui,
Se suspendieron las armas
En Palestina; y así
No veis en Jerusalem
Vestido un arnes, ni ois
Los militares estruendos
De la caja y el clarin.
La oliva cede al laurel,
Habiendo sido hasta aquí
Escuela y leccion de Marte;
Pues desde que en juvenil
Edad esgrimí la honda
Contra el jayan Filistin,
Hasta que en su senectud
Venció en una y otra lid
Al apóstata idumeo,
Y al idólatra gentil,
No se desnudó las armas,
Por cuya causa (advertid)
No quiso nuestro gran Dios
De su mano recibir
Casa y templo en que morar,
Altar y ara en que vivir.
Y así, dejando piadoso
Tan gran carga sobre mí,
Me manda en su testamento,
Que yo piadoso y feliz
Labre al arca del señor
Templo, que pueda partir
Con el sol rayos y luces,
Pues él desde su cenit
No sabrá á quien debe el dia
El resplandor, porque así
Han de brillar en sus muros
Las puntas de oro y marfil,
Que de tanta Babilonia
Todo el cielo sea pensil.
Esta fábrica eminente,
Que no podrá competir
Antes ni despues el tiempo,
Fian los cielos de mí.
Ved si es cuidado, que debo
Consultar y repartir
Con todos; y siendo Atlante
De tanto peso, advertid,
Si es bien que busque á quien pueda
Ayudármele á sufrir.
Con este intento os llamé,
Con esta ocasion venis
Á Jerusalem los dos,
Porque los dos conseguis
En mi amor y mi privanza
Mas lugar y honor, que mil
Reyes, que son mis vasallos;
Y así os pretendo advertir,
Que, para empezar el templo,

Me faltan de prevenir
 Dos provincias solamente.
 Con mas atencion oid.
 El Líbano, excelso monte,
 En cuya verde cerviz
 Descansa el cielo los ojos
 Dese pabellon turquí,
 Poblacion es, donde tiene
 Sus imperios el Abril;
 Porque sus árboles son
 En el ameno jardin
 Lechos de la primavera;
 Pues cuando empieza á reir
 El alba, y llorar la aurora,
 Sus flores á medio abrir
 Son las copas, en quien bebe
 El sol maná del cenit.
 Deste pues sagrado Olimpo
 Hemos de conducir
 Leños á Jerusalem;
 Y tú, Candáces, has de ir
 Á talarle, y á cortar
 De las palmas de Efrain
 Los troncos, sin que te quede
 Por traer una raíz.
 Tú, Iran, sabe, que al oriente,
 Donde de rosa y jazmin
 Coronado nace el sol
 En su cuna de zafir,
 Hay una parte, que llaman
 India oriental, hasta aqui
 No descubierta de nadie,
 Si conocida de mí.
 Aqui pues has de llegar,
 Y de mi parte decir
 Á Nicaula de Sabá,
 Que es su docta Emperatriz,
 Que, si mi amistad desea,
 Y solicita de mí
 Valerse, para mi templo
 En estoraque y menjú,
 Cinamomo y calambuco,
 Quiera dar y remitir
 Cuantos árboles y peñas
 Tiene su adusto país;
 Para que pueda labrar
 Con fábrica tan feliz,
 Templo, altar, casa y sagrario
 Á la ley de Siná,
 Á la vara de la sierpe,
 Y al maná de Rafidin,
 Del arca del Testamento,
 Del sagrado Adoná,
 Del inmenso Sabaot,
 Del gran Jeová, que decir
 Quiere, que es Dios de los Dioses,
 Por Deidad, principio y fin.

Cand. La respuesta, señor, sea
 Obedecer y servir.
 Iré al Líbano, y verás,
 Cuan dignamente de mí
 Fias cuidado eminente.
 Á Sion ha de venir
 En fragmentos tan cabal,
 Que se pueda presumir,
 Que, en vez de traerle yo,
 Él se ha venido hasta aqui.

Iran. Donde el decir es hacer,
 Vive de mas el decir.
 No digo, que iré á Sabá,
 Ni que informaré de tí
 Á su Reina; solo digo,
 Que yo te voy á servir,
 Que es el premio que deseo.

Sal. En paz, o Reyes, partid,
 Juntos los dos; que no sé,
 Qué grave espíritu en mí
 Dice, que habeis de traerme
 El tesoro mas feliz,
 Que tenga Jerusalem,
 Si en troncos puede venir,
 Y la riqueza mayor,
 Que hoy está por descubrir
 En la India; porque yo
 Espero gloria sin fin
 Del Líbano y de Sabá.
 Y no es mucho, pues que oí,
 Que á la gran Jerusalem
 La mayor le ha de venir
 Por una muger y un árbol
 De la casa de David. *[Vase.]*

Mientras se canta, sale LIBIO, negro.

Music. La Sibila soberana
 De la grande India oriental,
 La Emperatriz de Etiopia
 Y la Reina de Sabá,
 Inspirada de un fervor,
 Que la asiste celestial,
 Se ha retirado á saber
 Secretos que revelar.

Sale MANDINGA.

Lib. Misteriosa es la cancion;

Acercarme quiero mas,
 Á informarme. — Dime, amigo,.....

Mand. Yo amigo? ¿De cuándo acá,
 Si entre el branco ni entre el negro
 Nunca hay zegura amistad?

Lib. Dime,.....

Mand. Qué quiele que diga?

Lib. ¿Dónde desa suerte vas?

Mand. Á eza monta.

Lib. Á qué efecto?

Mand. Á efetulu de buzcal

Nueza Reya. *Vuestra Reina?*

Mand. Zí.

Lib. Pues dime, qué hace allá?

Mand. Zá alli retilala.

Lib. Á qué?

Mand. Muy pleguntonsica zá. *[Quiere irse.]*

Lib. Detente!

Mand. No zá pozible;

Que la música ze va,

Y turos mis gurgonillos

Hazen mucha farta allá. *[Vase.]*

Lib. Villano al fin; el language

Rústico claro lo da

Á entender; porque los nobles

Hablan mas cortado y mas

Político.

Sale IRIFILE, negra.

Irif. ¿Dónde, amor,

Guias mis pasos? ¿Si ya

Eres dueño de la vida,

Qué mas pretendes? qué mas?

Dejé la música, y vuelvo

Á aquesta parte á buscar

Á Libio, que aqui le vi.

¿O qué fácil es de hallar

En quien despreciada vive

Un desaire ó un pesar!

Lib. Dígame, Irifile bella,

Que por este monte vas

A penetrar las entrañas
 De su centro, ¿qué Deidad
 Vive en él? ¿qué oculto Dios
 Sacrificio, ara y altar
 Admite en rústico templo,
 Que asi buscándole vas?
 Que despues que en Sabá vivo
 Cautivo, con haber ya
 Dos lustros del sol, no ví
 Esta admiracion jamas.

Irif. Gran Libio, Rey de Palmira,
 Á cuya felicidad
 Debíó el tiempo mas trofeos,
 Que cuenta desdichas ya,
 Escúchame atentamente;
 Que, aunque del cetro real
 Y la corona depuesto
 Hoy en nuestro reino estás,
 Eres Rey, á quien respeto;
 Porque al fin la magestad
 Por sí sola admiracion
 Tiene, y no por el lugar.
 Ese ejército festivo,
 Que ceñido de arrayan,
 De palma y laurel al monte
 Hoy se conduce, al compas
 De sonoros instrumentos,
 Cuya música turbar
 Puede el aire, herir el cielo
 Y pasmar el sol, sabrás,
 Que á su Reina va buscando;
 Que como la gran Sabá,
 Emperatriz del Oriente,
 Reina única y singular
 De los imperios del sol,
 Es una adusta deidad,
 Que con espíritu ardiente
 De Dios merece alcanzar
 De Sibila y Profetisa
 Nombre altivo é inmortal,
 Cuando el divino fervor,
 Que la inflama y que la da
 Aliento, en su pecho vive,
 Es un ardiente volcan;
 Y furiosa del poblado
 Huye, y á la soledad
 Se retira, donde escribe
 Versos, en que anuncios da
 De los arcanos secretos
 De un Dios; que, aunque dicen que hay
 Tantos de barro y madera,
 De oro, de plata y metal,
 Ella solo uno concede,
 Con que niega los demas,
 En oprobio y menosprecio
 De Noloé y Sabaal.
 Deste pues Dios uno suele
 En varios bosquejos dar
 Mil noticias, escribiendo
 Ya en las arenas del mar
 Con el dedo, ya en los troncos,
 Siendo la pluma un puñal,
 El papel desas cortezas
 Herido tal vez, y tal
 Verdes hojas de laurel
 Esparce al viento á volar,
 Con caractéres escritos,
 Siendo en su velocidad
 Aves con alma y sin vida.
 Ahora preguntará,
 Por qué escribe y habla asi,
 Pudiendo escribir y hablar
 Descubiertamente; y es,
 Porque, el rato que le da

El furor y la ilumina
 Una llama celestial,
 Divinos misterios vé,
 Y entonces quiere observar
 Sus secretos; porque luego
 Que pasa aquella Deidad,
 De cuanto vió y alcanzó
 No vuelve á acordarse mas,
 Y queda como asombrada.
 Mas pues pudiste llegar
 Á tiempo de ver lo que hoy
 Nos reveia, como allá
 Llegues conmigo, no dudes,
 Que altos secretos oirás.

Lib. Admirado me has tenido,
 Oyendo la novedad
 De que me informas. Iré
 Contigo, hasta examinar
 Las entrañas deste monte,
 Cuya opaca amenidad
 Los imperios de la luz
 Niega al sol, pues no le da
 Licencia para que un rayo
 Pueda ver, ni registrar
 Los senos, adonde oculta,
 Avara de su beldad,
 Tesoros la primavera
 En jazmiz, rosa y azahar.

*Salen CAIMIRA, IRENE y MANDINGA, y
 suena la Música á lo lejos.*

Irif. No pases deste puesto, ni hagas ruido,
 No de los que aqui vienen seas sentido.

Cas. Cesen los instrumentos
 De dar admiraciones á los vientos,
 Y las sonoras voces,
 Que al sol llegaron dulces y veloces,
 Suspendan su alegría,
 Y suceda el silencio á la harmonia.

Cor. 1. Ninguna planta errante
 Malogre hermosa flor de aqui adelante,
 Pues ya de aqui miramos
 Entre las verdes hojas de los ramos
 La cueva donde yace
 El etiope sol, que al mundo nace.

Iren. Aqui pues esperemos
 Los divinos misterios, que sabremos.

Lib. Admirado me tiene
 La grande fe, con que á buscarla viene
 Su gente á esta espesura.

Irif. Cuando veas en ella una locura
 Tan cuerda y tan divina,
 Que su mismo furor la desatina,
 Te admirarás de nuevo.

Iren. Mandinga, con la música me elevó.

Mand. Mucho en zalir ze talda,
 No echa de vel la gente que la agualda.
 Pero ay Dioza! qué ez ezto? No lo cleo,
 Voto al zol, que ez aquella que alli veo.

Sale SABÁ con unas hojas en la mano.

Irif. Atiende, que ya sale.

Mand. Ea, afuera!

Lib. En su asombro mi vista considera
 Otro mayor espanto.

Cas. Tanto la priva, la enagena tanto
 El fervor que la inspira,
 Que ni oye, ni vé, ni habla, ni mira.

Iren. Suelto el cabello viene,
 Que, aunque Etiope adusta, como tiene
 Tal cuidado con ello,
 Es un rayo del sol cada cabello.

Mal compuesto el vestido,
 Sin atencion, sin alma y sin sentido,

Con ardiente despecho,
Parece, que se quiere abrir el pecho,
Porque en él no le cabe
El corazón.

Cor. 2. ; Qué admiración tan grave!

Sab. Espíritu divino
De un Dios, que adoro solo, aunque Dios trino,
Cuyo grave misterio
Los cortesanos dicen de tu imperio,
Cuando en sonoro canto
Una vez Dios te aclaman, y tres Santo;
Dando á entender en estos
Versos un solo Dios, y tres supuestos.
Tú, que mi pecho inflamas
Con dulce fuego de amorosas llamas,
Á cuya mansa herida
El fénix soy, dilátame la vida,
Que solamente quiero,
Hasta adorar el celestial madero
El árbol soberano,
Ramo de paz, cuando el linage humano
Agonice abrasado, anhele ciego
En diluvio fatal de sangre y fuego.
Oid, oid, mortales,
Que sé de la salud de vuestros males.
Estas hojas, que el viento
Mueve sutil y desvanece atento,
Misterios comprehenden,
Que se dejan mirar, y no se entienden.
Estudiad pues en ellas;
Que letras son del cielo las estrellas
Y del viento las hojas;
Aliviadas vereis vuestras congojas,
Borrados hallareis vuestros delitos,
Si entendeis sus caracteres, escritos
En aqueste cuaderno,
Corónica inmortal de un Dios eterno.

[Esparce las hojas, y llegan todas á cogérlas, y ella se desmaya.]

Lib. Desmayada ha quedado.

Iren. ¿Quién vió al sol entre sombras eclipsado?

Cas. Una estatua es de hielo.

Mand. De azabache dirás.

Sab. Válgame el cielo! [Vuelve en sí.]
Adónde estoy? qué miró?

Lib. Segunda vez con ocasión me admiro.

Sab. ¿Yo aquí tan descompuesto
El cabello y las ropas? Pues qué es esto?
¿Quién aquí me ha traído?

Lib. Vuelve á la luz primera tu sentido;
Que, cuantos aquí estamos,
Los rayos de tus sombras adoramos.

Sab. Huiré de que me vean
Esta suerte; los troncos solo sean
Testigos fieles hoy de mi fatiga;
Que aun de mi sombra huyera,
Si diferencia en mí y mi sombra hubiera. [Vase.]

Lib. Oye, espera!

Irif. Detente!
No la sigas; no ofendas neciamente
Su precepto sagrado;
Y pues solo sin ella hemos quedado,
Las hojas, que cogimos, repítamos,
Porque en ellas leamos
Lo que su voz enseña.

Cas. Esta virtud contiene no pequeña.

Lib. Cómo dice? que ya saberlo espero.

Cas. [lee] „Y cuando el parasismo vea postrero“.....

Irif. Problema no entendida.

Cor. 1. [lee] „Con dulce fruta en su sazón cogida“.....

Lib. Tampoco esa se entiende.
Mas felice aquí habla á mis cuidados.
[lee] „Los dichosos serán los señalados.“

Cor. 2. Yo leer mi verso quiero.

[lee] „Un celestial, un singular madero“.....
Nada hasta aquí se entiende.

Iren. El mio ni se alcanza, ni comprehende,
En quien leo confusa y aturdida:

[lee] „Porque uno muerte dé, y otro dé vida.....“

Mand. Yo también quielo agola
Mi velso leel; pero leero ignola
Mandinga; y así piro,
Que lo lea por mí el mas entendiéro.

Iren. Yo leértele quiero.

[lee] „Antídoto ha de ser de aquel primero“.....

Irif. Este amenaza alguna gran caída.

[lee] „La fábrica del orbe desasida“.....

Cas. Y deste quedareis mas admirados.

[lee] „Con él á juicio universal llamados“.....

Lib. Nada hemos entendido.

Dentro S A B Á.

Sab. Etiopes confusos, que el sentido
Ignorais desos versos soberanos,
A voces repetid los ecos vanos.

Mand. Si ha de sel, estodial mi velso quielo,
Antíroto ha de sel de aquel plimelo.

Lib. Vaya á una voz, pues pueden desos modos,
No entendiéndose uno, leerse todos.

Cor. 2. [lee] „Un celestial, un singular madero“.....

Cor. 1. [lee] „Con dulce fruta en su sazón cogida“.....

Mand. [lee] „Antídoto ha de ser de aquel primero“.....

Iren. [lee] „Porque uno muerte dé, y otro dé vida.“

Cas. [lee] „Y cuando el parasismo vea postrero“.....

Iren. [lee] „La fábrica del orbe desasida“.....

Cas. [lee] „Con él á juicio universal llamados“.....

Lib. [lee] „Los dichosos serán los señalados.“

Iren. Alto sentido encierra.

Lib. Paz publica al principio, y luego guerra
Á todo el universo.

Cas. Misterio da el enigma verso á verso,
Anunciando un madero.

Mand. Antíroto ha de sel de aquel plimero.
No he de olvidal razón yo tan divina,
Aunque tome dezde hoy la anacaldina.

Iren. Leño ha de ser divino.

Lib. Si un árbol ha de ser tan peregrino,
¿Quién duda, que esta tierra
Le tiene, pues encierra
Esos verdes trofeos
En los troncos y árboles Sabeos?

Cas. Bien es que le busquemos,
Pues en Sabá sin duda le tenemos,
Entre tan bellos ramos.

Lib. Vamos pues á buscarle, Etiopes.

Todos. Vamos.

[Suena un clarín, y espántanse.]

Lib. Mas ay cielos! ¿Qué voz es la que suena,
Que ni es ave del viento, ni es sirena
Del mar?

Iren. Pierdo el sentido.

Cas. Su música otra vez no hemos oido.

Iren. Con sonoros acentos
Vuelve á poblar de admiración los vientos.

Music. Qué eco tan ligero!

Mand. Antíroto ha de sel de aquel plimero.

Sale en lo alto S A B Á.

Sab. Moradores de Sabá,
Primera cuna del sol,
Donde su hermoso arrebol
Recibe la luz, que da
Á otros hombres, cuando va
Su dorado rosicler
Á ser hoy el que era ayer;
Pues si en ondas de zañir
Nace allá para morir,
Muere aquí para nacer:

Huid la playa arenosa
Que ocupais, dejad la orilla
Del mar; que una maravilla
Estupenda y prodigiosa
Os viene á ver. Yo furiosa
Con la mansa pesadumbre
De mi espíritu la cumbre
Toqué dese monte, que
Verde salamandra fue,
Sustentándose de lumbré.
Sobre su cima eminente
Hoy la estatura del monte
Medí todo el horizonte,
Á los campos de occidente;
Y como tan claramente
Agua y tierra presidia,
Por ver, qué descubriria,
Vi en anchos campos del mar
El monstruo mas singular,
Que vió el grande autor del día.
Ni es pez, ni es bruto, ni es ave,
Siendo ave, bruto y pez;
Porque en sus señas tal vez
Uno y otro nombre cabe.
Cuando nada altivo y grave
Por el reino de la espuma,
Es pez de grandeza suma;
Cuando en diáfanas salas
Vuela, batiendo las alas,
Es un pájaro de pluma;
Cuando brama, cuyo acento
Causa admiración y espanto,
Es bruto; y así, entre tanto
Que discurre el pensamiento,
Á su gran prodigio atento,
No sé qué nombre le dé;
Porque solamente sé,
Si no es pez, bruto, ni ave,
Que sin duda alguna nave
De extranjero reino fue.

Sale I R A N.

Iran. Ya estamos en tierra. Ahora
Cada cual tome su senda,
Y examine las noticias
Destos montes y estas sierras.

Sab. Hombre, aborto de la espuma,
Que esa marítima bestia
Sorbió sin duda en el mar,
Para escupirte en la tierra,
No des mas paso; porque
Cada paso mas te acercas
Á morir, y vas pisando
En las tostadas arenas
Desos montes las cenizas
De tu vida, cuando en ellas
Cadáver midas el suelo,
Herido de la violencia
De una flecha en forma de áspid,
Ó áspid en forma de flecha.

Iran. Deidad destos altos montes,
En quien la naturaleza
Con estudio hizo un borron,
Porque examine y advierta,
Que hay estudio en el acaso,
Y en el descuido belleza:
Si eres la sombra del sol,
Que en el oriente la deja,
Por no llevar sombra, cuando
Luces pisa y rayos huella;
Si eres la Diosa, á quien dan
Estos montes y estas selvas
Estatuas de ébano y jasper,
Porque en la tez se parezca;

Si eres tú misma en efecto,
Porque no habrá mas que seas,
Siendo tú misma, tú misma:
No desdigas, no desmientas
Las vislumbres de divina
Con rigor y con soberbia;
Que emplear tirana, en quien
Humilde tus plantas besa,
Las puntas desos arpones,
Será malograr sus fuerzas;
Pues no les da que vencer
Quien no les quita que vengzan.
De paz navego estos mares,
Espejos, en quien contempla
El sol su hermosura, cuando
Medio dormido despierta;
De paz estos montes piso,
Pirámides, que sustentan
En sus espaldas los rumbos
De una esfera y otra esfera.
Y así, nobles y piadosos,
Decidme, qué parte es esta
De la India, y donde caen
Por estos mares y tierras
Las provincias de Sabá;
Que voy buscando á su Reina,
En vez de darla temores,
Para rendirla obediencias.

Mand. Turo aquezo zá embeleco;
Mila, siola, no cleas,
Que la gente branca zá
Mentiroza; para eya,
Ezturunemule turo,
Haya grita, fizga é fezta.

Sab. Ignorante peregrino,
Que vienes de lejas tierras,
Donde noticia del sol
Aun habrás tenido apenas,
Puesto que no la has tenido
Desa Emperatriz, pues della
La fama informa primero,
Cuando generosa vuela
Del un polo al otro polo,
Llena de ojos y de lenguas;
Porque tan grave ignorancia
Otra vez no te suceda,
Quiero de Sabá informarte.
Escucha, porque lo sepas.
En los desiertos del Asia,
Primera cuna y primera
Estacion del sol, adonde
La luz su fatiga empieza,
Yace una fértil provincia,
Á quien engastan y cercan
Dos mares; que menos foso
Á los muros de sus peñas
No bastaran, sino es
Que, contemplándose en ellas,
Son espejos de cristal
Á mil Narcisos de yerba.
Tan jóven la luz del día
Está aquí, y con tanta fuerza
Hiere, que en los moradores
Abrasa el color, y quema:
De suerte, que, adustos todos,
Cuando al sol estan, no aciertan
Cual es la sombra ó el cuerpo,
Que es todo una cosa mesma.
Deste pues lunar del orbe,
Si bien lunar con belleza,
Esta pues mancha con arte
Es Emperatriz y Reina
Sabá; que, aunque no es su nombre,
Sino Nicaula Maqueda,

Por sus imperios así
La suelen llamar, y ella
Lo permite, porque tanto
De sus imperios se precia.
No te quiero numerar
Su magestad y grandeza,
Su poder y su valor,
Aunque decirte pudiera,
Que son sus montes de oro,
Puesto que en ellos se engendra
Tanto, oye, que si tal vez
Alguna mina revienta
De plata, dicen, que ha sido
Un aborto de la tierra,
Y como mal parto suyo,
Ni le nombran, ni le cuentan.
¿Qué leño no es una aroma?
¿Qué copa no es una hoguera?
¿Qué peña no es un brasero,
Holocausto destas selvas?
Ves todo ese monte? ¿ves
Toda esa verde eminencia,
Embarazo de los vientos
Y de los rayos ofensa?
Pues es una ara no mas,
En cuya llama Sabea
Salamandra el sol se abrasa,
Fénix el sol se renueva;
Pues aquí en dulces olores
Las doradas alas quema,
Haciéndose cada día
El natal y las exequias;
Y así cenizas del sol,
Arboles, plantas y yerbas,
Sangre, bálsamos y gomas,
Sepulcro, montes y peñas,
Todo olores le tributa,
Todo le rinde riquezas.
A Libio, Rey de Palmira,
Venció en batalla sangrienta,
Y desposeido ya,
Preso le tiene en su tierra.
Y con ser tal el poder
De Sabá, tal la grandeza,
No son estas las mayores,
Porque las mayores que ella
Tiene, son la magestad
De su ingenio, de sus ciencias.
Libro con alma y con voz
Es, que doctamente enseña
Lo mas oculto, que el tiempo
Ó dificulta ó reserva.
Mira, si quien esto sabe,
Mira, si quien esto reina,
Podrá ofenderse de que
Tú lo ignores y no sepas,
Que es poderosa, que es sabia,
Que es generosa, que es bella,
Y que lo preguntes, cuando
Estás hablando con ella,
Y que ella misma te haya
De decir, que es ella mesma.
Iran. Saberse tu nombre, antes
Que tu persona se sepa,
Anticipando la fama,
Es lisonja, y no es ofensa.
Mas si te ofendes de mí,
Como sabia y como Reina
Y como hermosa, no hagas
Hoy de una culpa tres quejas;
Pues á la de hermosa solo
No te sabré dar respuesta.
Porque, en cuanto á rica y sabia,
No me admiro; que está hecha

El alma á tratar y ver
Mas magestad y mas ciencia.
Sab. En quién?
Iran. En Salomon, Rey
De cuanto el Eufórates riega
Hasta Filistin, y cuanto
Desde Egipto señorea
El Nilo, hasta la otra parte
De Eufórates. Cuantos en estas
Provincias los Reyes son,
Vasallos suyos se cuentan.
Es señor de Palestina,
De Samaria y de Idumea,
Caldea y las dos Arabias,
Feliz, desierta y petrea.
De las Indias del Ofir
Tres flotas al año llegan,
Cargadas de plata y oro,
Metales, joyas y telas;
Tanto, que en Jerusalem,
Hoy que hacer un templo intenta,
Para la fábrica hermosa
Estan las calles cubiertas
De materiales; de suerte,
Que se vé mas plata en ellas,
Que piedras, con haber tantas,
Que de sola una pudiera,
Si se abollara, labrar
Una casa toda entera,
Sin que estuviera ajustada,
Sino todo de una pieza.
Cincuenta y seis mil caballos
De su servicio sustenta,
Y gasta al año en su casa
Cuatro millones de hanegas
De trigo.
Mand. ¡Válgame Dioza,
Y quien aqui las tuviera!
Iran. Y dejando aparte cuanto
Es magestad y grandeza,
Tiene las ciencias de cuantos
Sabios ha habido en la tierra,
Y ha de haber; porque ninguno
De cuantos nazcan y mueran
Supo mas, ni sabrá mas.
Sab. Extrañas cosas me cuentas,
Y de escucharte admirada
Te prometo que me dejas.
Mand. Y pregunto yo, siola,
¿Qué harán, cuando no lo clea
Esto yo?
Sab. Haré castigarte,
Por increíble; que es fuerza,
Que aqui me diga verdad,
Y todo cuanto refiera
Hoy se ha de creer por fe.
Mand. Digo, que so una glan bestia,
Y si habrere mas, la boca
Al colodliyo me vuelva.
Iran. De parte deste gran Rey
Te vengo á pedir audiencia;
Que ya te he dicho, señora,
Que un templo labrar intenta,
Adonde viva su Dios,
Y su fábrica desea
Ilustrar con dones tuyos.
Mi embajada al fin es esta.
Pero mas despacio quiero,
Que en tu palacio lo sepas,
Que es trono rústico un monte,
Para que informarte quiera
En él de tantos sucesos.
Sab. Mi vida tambien espera
Informarse mas despacio

De las cosas, que me cuentas,
Vete á palacio, y contigo,
Capitan, tus gentes vengan;
Que quiero emprenderlas todas.
Y cree, que, si deseas
Llevar dones de Sabá,
Para enriquecer tu tierra,
Que creo, que has de llevarle
El mayor que se halla en eila,
Que es á mí; porque he de ver,
Si es verdad, que tu Rey sea
El mas rico y el mas sabio
De los Reyes de la tierra;
Pues lo será, si es que á mí
Me vence en poder y en ciencias;
Que soy Sibila de Oriente,
Que soy del Ocaso Reina.

JORNADA II.

*Salen IRIFILE, CASIMIRA, IRENE, LIBIO,
MANDINGA y demas Indios, y luego
SABÁ é IRAN.*

Iran. Ese monte, coronado
De verdes copas, en quien
Hoy tantas gentes se ven,
Es el Libano sagrado.
Cuarenta mil hombres son
Los que á talarle han venido,
De quien General ha sido
Cándaces; y con razon,
Porque su cuidado es
De quien tal accion se fia;
Por el mar desde aqui envia
La palma, el cedro, el cipres
A Jerusalem, y así
Puebla de árboles el mar,
Que se deja imaginar,
Que se ha arrancado de aqui
El monte, cuando á ver llega,
Que su sagrado horizonte
Discurre á cargas el monte,
Y á pedazos le navega.
En sus faldas descansar
Puedes en tanto, señora,
Que las sombras hacen hora
De volver á caminar;
Que ha sido largo el viage,
Y no dudo, que vendrás
Cansada.

Sab. Pues que me das
Verde y florido hospedage,
En la falda lisonjera
Descansaré deste prado,
Donde creo que ha fundado
Su corte la primavera,
Segun las flores que veo.

Iran. Pues que ya tan cerca estás
De Jerusalem, verás
Allá cumplido el deseo;
Porque admiracion tan grave,
Como darán sus despojos,
Cabe, señora, en los ojos,
Y en el concepto no cabe.
Ya prevenida tu entrada
En Jerusalem está,
Y yo he de llegar allá
Primero con tu embajada.

Sab. Dejadme sola; que aqui
Esperar quiero, que el sol

Temple su ardiente arrebol.
Lib. Aqui hay un árbol, señora,
Que al sol los rayos defiende,
Cuya hermosura suspende,
Cuya beldad enamora.
Iran. Derecho el tronco é igual
Hasta su remate, sube
Á ser de una verde nube
Gigante piramidal.

Lib. En fin en sus resplandores
Él muestra bien, que, por ley
De naturaleza, es Rey
De las plantas y las flores.

Irif. Y que su autor soberano,
Por favor particular,
Le quiso hacer y labrar
Todo de su propia mano,
Como quien dice: yo fui
Quien hizo por varios modos
Los árboles para todos,
Y este solo para mí.

Mand. En sus froriras alfomblas
Cansal podlás tú, pues son
Catre, lecho y paveyon,
Rozas, álboles y zombas.

Sab. Aqui pues descansaré.
Todos de aqui os retirad,
Y alguna cosa cantad. —
Tú no te vayas, porque, [á Mandinga,
Si algo se ofreciere, puedas
Avisar.

Mand. Aqui zaré.
[Échase debajo del árbol y vanse todos.
Turo se va, yo he queraro
Solo.

Sab. Mandinga!
Mand. Siola?

Sab. Diles que canten.
Mand. Ya agola

Lo ezturumento han templaro.
[Cantan los músicos, y se duerme Sabá.

Cor. 1. Un singular, un celestial madero,.....

Cor. 2. Con dulce fruta en su sazón cogida,.....

Mand. Antiroto ha de sel de aquel plimero,.....

Iren. Porque uno muerte dé, y otro dé vida.

Cas. Y cuando el parasismo vea postrero,.....

Iren. La fábrica del orbe desasida,.....

Cas. Con él á juicio universal llamados,.....

Lib. Los dichosos serán los señalados.

Mand. Paleze que za dolmiro
Al zon de lo ezturumento,
Y el zol, el agua y el viento
No ze atleven á hazel ruiro.
Pol no dezpeltaya, yo
Tambien la quielo dejal;
Que ez pecaro dezpeltal

Á quien de gana dulmió. [Vase.

Uno [dent.] No le sigais mas.

Otro [dent.] Al viento,

Disforme monstruo, te igualas,
No corres, vuelas sin alas.

Sale JOAB con barba larga.

Joab. Flaco y cansado me sienta.
¿Mas qué mucho, si los daños,
Que dan espantos y asombros,
Huyendo llevo en mis hombros,
Y el peso de tantos años?
En tu vientre, o peña dura,
Vivo á sepultarme voy;
Que es bien, pues cadáver soy,
Que busque mi sepultura.

[Va á entrar por una cueva, y despierta Sabá.

Sab. Qué ruido es este? Ay de mí!

¿Qué monstruo tan torpe y feo
Es el que presente veo?
Joab. No puedo pasar de aquí.
Qué extraña muger!

Sab. Deten,
O fiera, el paso veloz;
Y si no puede mi voz
Pararte, pueda el desden
Deste arpon, porque presumas,
Que á él mis temores apelan,
Pues todos con plumas vuelan,
Y tú pararás con plumas.

Joab. Muger prodigiosa, tanto,
Que, al contemplar tus despojos,
Los oídos y los ojos
Horror padecen y espanto,
Y en tan grave confusion,
Por saber, dentro en mí luchan,
Si á lo que miran ó escuchan,
Le deben la admiracion:

No soy fiera, aunque me ves
Con tantas señas de fiera.
Hombre soy; y ser quisiera
Vil trofeo de tus pies,
Antes que desos arpones,
Á no importarme ir huyendo
De quien me viene siguiendo.
Si palabras, ó si acciones
De un hombre, que es desdichado,
Tu pecho han enternecido,
Paso á esa cueva te pido,
Adonde vivo enterrado.

Sab. Pierde, hombre ó fiera, el temor.
Nadie te sigue; y aquí,
Aunque te sigan, en mí
Tienes amparo y favor;
Que soy Sabá, Emperatriz
De los montes del oriente.

Joab. Aunque tu beldad lo intente,
No harás mi vida feliz.

Sab. No temas, pues te asegura
Mi respeto y mi piedad.

Joab. No valdrá la inmunidad
De tu divina hermosura
Á un delincuente, que hoy
Vive á muerte condenado.

Sab. Quién eres?

Joab. Un desdichado;
Con que te he dicho quien soy.
Pero pues treguas nos da
La gente, que me seguía,
Y amparas la suerte mía,
Escucha.

Sab. Atenta estoy ya.

Joab. Hermosa muger, en quien
La naturaleza puso
Competencias generosas
De lo blanco y de lo adusto,
Yo soy Joab infelice,
Á cuyo valor, á cuyo
Esfuerzo las cuatro partes
De la fábrica del mundo
Temblaron, aunque ya solo
Soy un cadáver caduco,
Que al soplo menos ligero
De cualquier viento me turbo.
Capitan fui General
De los ejércitos sumos
De David. Digan el Tigris,
El Eufrates y el Danubio,
Si en sus hermosas riberas,
Que son de esmeraldas, rubios
Tuvieron hartos laureles,
Para coronar mis triunfos.

Pero contemos desdichas,
Que estan mas puestas en uso,
El introducir tragedias
Por los actos del disgusto.
Cuando Absalon, hijo hermoso
De David, bello trasunto
De Adónis, pues fue su sangre
De su hermosura dibujo,
Á un tiempo vasallo é hijo
Inobediente y perjuro,

Contra su padre, y su Rey
En armadas huestes puso
El imperio, siendo entonces
Á tanto escándalo injusto
Los montes de Gelboé
Testigos sordos y mudos,
Con su Rey y con su campo,
Salí á estorbar el orgullo
Del ejército, que osado

La batalla nos dispuso,
Á la hora que ya el sol,
Entre reflejos confusos,
Iba, declinando rayos,
Á ser huésped de Neptuno.
Frente á frente los dos campos
Se vieron en el nocturno
Silencio, si ya no fue,
Que el sol se vistió de luto.

Hizo al alba de embestir
Señal un metal robusto,
Que es voz y aliento de Marte,
Cuando los dos campos juntos,
Repitiendo los acentos
Y los grabados escudos,
Eran un Etna de fuego,
Eran un Volcan de humo.
Tan sangrienta, tan cruel
Fue la lid, que el valle estuvo
Hecho de púrpura humana
Un pavimento cerúleo.

Declaróse la victoria.
Decirte por quien, rehuso;
Porque parece injusticia
Del cielo, y en sus influjos,
Cuando injusto nos parece,
Es justiciero, y no injusto.
La gente pues de David
Rota y deshecha se expuso
Á la fuga, y el Rey mismo,
De sus afectos desnudo.

Á espaldas vueltas volvía,
Contra su valor angusto.
Mas Semé, jóven valiente,
Que el calabozo profundo
Desa bóveda conmigo
Habita, ciego y sañudo
De ver á su Rey huyendo,
Dijo á voces: del Dios sumo
De Israel maldito sea
Rey, que á padecer nos trujo.

Oyólo David, y dijo:
Aunque de tu boca escucho
Mi maldicion, Semé, hoy
No has de pensar, que procuro
Mi venganza. Mientras viva
Yo, tú vivirás seguro.
Y volviendo á la batalla,
Tanto esfuerzo en ella puso,
Que barajó á la fortuna
La suerte, y victoria tuvo.

¿Viste exhalacion deshecha
Correr por azules rumbos,
Que deja un rastro de fuego
Por donde corre? Presumo,

Que esto Absalon parecia,
Desamparando á los suyos;
Cuando veo, (qué prodigio!)
Que de los cabellos rubios
Pendiente á una encina queda,
Siendo en su desdicha á un punto
La misma encina y cabello
El suplicio y el verdugo.

De no matarle llevaba
Orden yo. ¿Pero quién tuvo
Freno para la impaciencia,
Y rienda para el impulso?
La accion, que violenta ya
Parada en el aire estuvo,
Á pesar de mis afectos,
Sin saber como, ejecuto.

Y pasándole la espalda
Hasta el pecho el hierro agudo,
Siendo en la region del aire
Toda la esfera un sepulcro,
Fue una admiracion del cielo
Y espectáculo del mundo.
Los campos de Gelboé
Maldijo (cuando lo supo)
David; por cuya ocasion
Siempre secos, siempre mustios,
Ni llora el alba rocío,
Ni congela dulces frutos

De las flores del Abril,
Ni las espigas de Julio.
En mí quisiera vengarse;
Mas como siempre me tuvo
Tan grandes obligaciones,
Nunca á hacerlo se dispuso.
Vivido he, pero muriendo;
Y en el testamento suyo
Deja mandado, que muera
Por tan riguroso insulto.

Huyendo de Salomon
La justicia, no procuro
Mi perdon, por saber cierto,
Que es juez sabio, que es Rey justo;
Y conmigo lo será
Mas; pues un tiempo que hubo
Bandos entre él y Adónias,
Su hermano, sobre el agosto
Laurel que ciñó, ayudé
De Adónias los discursos.
Por todo pues vivo aquí
Ese calabozo obscuro,
Con Semé, que es aquel
De la maldicion, y juntos
Los dos, por guardar las vidas
De las manos de un verdugo,
Lo somos nosotros mismos,
Viviendo como unos brutos.

De yerbas nos sustentamos,
Y estas cogemos á hurto
De la gente, que este monte
Saquea de troncos, cuyo
Número excede á sus hojas.
Si pudo mi voz, si pudo
Obligarte mi desdicha,
Lo mas que de tí procuro
Es, que con Candáces puedas,
Rey de Egipto, que entre muchos
Arboles, que van cautivos
Hoy á Jerusalem, uno
Reserve, que es este árbol;
Porque su tronco caduco
Prodigioso es, entre cuantos
El tiempo vistió de lustros.
Tradicion es verdadera
De los moradores rudos

Del Líbano, que este tronco
De Ebron á sus montes trujo
Jericó, de Noé hijo,
Que fue el que en herencia tuvo
Esta parte, cuando él
Partió entre los hijos suyos
La tierra la vez segunda,
Que volvió á nacer el mundo

Sab. Es tu historia prodigiosa,
Admiracion me ha debido;
Y supuesto que he venido
Donde sabia y poderosa
En pena tan rigurosa
Pueda valerte, lo haré.

Joab. Jamas piedad esperé.

Sab. Venid juntos tú y tu amigo
Á Jerusalem conmigo;
Que yo al Rey le pediré
Vuestras vidas, la primera
Cosa, que se llegue á hablar;
Que siento vuestro pesar,
Como si mi pena fuera.

Joab. Semé!

Sale SEMÉ, vestido de pieles.

Sem. ¿Qué es lo que me quieres?

Joab. Darte de un suceso parte.

Sem. Desde aquí pude escucharte,
Y así informarme no esperes;
Y me ha pesado de que eres
Ciego y desagradecido
Á tu bien. ¿Por qué no has sido
Alfombra á esos pies primero?

Joab. Porque yo, Semé, no espero
El perdon, que me ha ofrecido
Esa muger. Si yo á muerte
Estoy condenado ya,
¿Quién á romper bastará
Lazo tan duro y tan fuerte?

Sem. Que podrá romperlo, advierte,
Una Reina soberana,
Tan divina, como humana,
Que en el oriente nació,
Hija del sol.

Joab. Nunca yo
En esperanza tan vana
Mi vida aseguraré.

Sem. ¿No la asegura un madero?

Joab. Ya tampoco en él espero,
Pues que ha de cortarle sé
La gente, que aquí se vé,
Pues no estás desesperado,
Hombre, á muerte condenado,
Por decreto de un Rey fuerte,
Si heredero de tu muerte
Vives pobre y desdichado.

Vida por mí has de tener,
Porque digan, que ha rompido
El decreto establecido
Un árbol y una muger;
Y muger, cuyo poder
Es de virtudes crisol,
Cuyo divino arrebol
Es hermoso y refulgente;

Porque es Reina del Oriente,
Provincia hermosa del sol.
Sem. La vida espero por tí,
Hermosa Sabá.

Joab. Yo no.

Sem. ¿Quién del bien desesperó?

Joab. Quien nació es, entre cuantos
No espere vivir.

Sem. Yo sí.

Joab. Eres loco.